La Comunidad Trágica

Abraham Cordero

«La muerte individual no es más que un aspecto del exceso proliferador del ser».

De esta manera apunta Georges Bataille hacia un horizonte en el que se encuentra agazapada la muerte, un horizonte en el que «el erotismo es la ratificación de la vida hasta en la muerte». Cualquier renuncia procreativa, cualquier presuntuosa denuncia e intento de detener el exceso, se erige como el vano propósito de perseverar —trastocando la cadena reproductiva— en un yo que confundimos como propio, hueco anhelo de perpetuar una inmortalidad que no solo nos es ajena, sino imposible. Esta lucha encarnizada por la perpetuación responde a la búsqueda de la utilidad absoluta, identificada con el Bien, mientras que cualquier acercamiento a la irrefrenable disipación, cualquier intento de mostrar lo irrealizable de la resistencia abstracta a la pérdida, recae del lado del Mal.

Para Bataille, el sadismo es el modelo más acertado del mal, la comprobación y erotización de la inutilidad de la detención momentánea del flujo solar, a saber, la recreación en la destrucción frente al incansable y fútil ciclo de perpetuación al que nos vemos impelidos.

Es precisamente la impugnación de cualquier cálculo del interés, de la ordenación social, la que nos aboca al mal, puesto que, incluso ante la constatación de la ausencia de valor del ser, emerge un impulso connatural —la voluntad de pervivir— que da alas a la razón y nos devuelve inmediatamente a la economía del gasto ordenado. Es por ello que Bataille habla de «hipermoral», dado que no nos topamos con una supresión del orden moral, sino que, en el despertar de la comunidad trágica, se nos destierra a un páramo helado de quietismo que, a su vez, se revela de forma aporética, empujándonos nuevamente a tomar las riendas de la biga. De ahí la importancia de la *necesidad de la acción*, ímpetu que desde cualquier marco existencialista se desdibuja como una apertura a un farisaico orden irracional, cuando realmente responde a un sustrato racional de mayor calado.

Lo trágico hunde sus raíces en lo imposible, en las pesadillas insoslayables de la razón, a saber, la muerte y la prohibición. La identificación hipermoral del Bien como una dimensión alejada de cualquier anhelo de transgresión edifica el principio de realidad, sustrato —para Bataille— de lo sagrado y, precisamente, de lo trágico. Se trata de una inversión de la convención propia de los existencialistas cristianos de establecer el salto de fe como principio rector de un abandono de lo racional en aras de satisfacer la voluntad de pervivir. Mientras que para autores como Miguel de Unamuno o Lev

Shestov lo imposible alcanza su máxima expresión a través del abandono del corsé de la necesidad (impuesto por la razón) con vistas a satisfacer a través de la fe ese ansia de inmortalidad, para Bataille dicho salto es consecuente con la tensión entre la razón y sus propios intereses. No ha de confundirse, pues, la imposibilidad de la inmortalidad con la imposibilidad de suprimir la misma voluntad de pervivir. Para ilustrarlo de una forma chabacana, podríamos decir que no es lo mismo un perro famélico sin posibilidad de saciar su hambre que un perro famélico sin posibilidad de eliminar dicha necesidad.

La Comunidad Trágica se alza frente a un precipicio sin fondo ostensible; lo que en común comparten sus miembros es el propio dar cuenta del precipicio y, frente a los constructores de puentes hacia la nada, su interés por las profundidades del abismo, obviando sus deshilvanadas formas de encarar lo imposible, así como su grado de hastío y congoja ante las palabras de los arquitectos. El salto, tan necesario como imposible para unos (¿acaso ha existido caballero de fe alguno?), no es más que una forma de recrearse en la esterilidad para otros. Recordemos, pues, la confesión con la que Nick Land abre paso a su *Sed de Aniquilación*, aseverando que «siempre h[a] buscado inconscientemente aquello que [l]e derribara al suelo, pero el suelo también es una pared».

Como vemos, lo que de común hermana al círculo de la comunidad trágica es la constatación de la (trágica) ausencia de valor del ser, sin mesurar los diferentes intentos por encarar dicha apertura a lo imposible.

Y, a pesar de que la trascendentalización perpetrada por los existencialistas no sería acogida de buen grado por Bataille o Land, puesto que estos tratan de desvestirla como, en último término, un movimiento racional (por trágico que sea) atado al impulso connatural de preservación, nuestros irredentistas naufragan en las mismas costas de lo imposible. Land, quien pretendía avivar hasta las últimas consecuencias las brasas nihilistas batailleanas, choca incontables veces con la cárcel de la individualidad, habida cuenta de un muro inabarcable que, en *Un chiste de mal gusto*, delinea con denodada sencillez: «A los animales no les gusta estar muertos, por más enfermas que estén sus mentes». Así, la voluntad de pervivencia participa de una unión hipostática con el orden hipermoral, garantizando la prosecución desvivida de una fantasmagórica utilidad absoluta.

La necesidad se traduce, finalmente, en la necesidad de la acción y, por tanto, en la imposibilidad de rendirse a lo imposible, ya sea al Mal, al goce puro y sin trabas, a la

voluptuosidad de la destrucción por la destrucción, o bien a la salvaguarda subrepticia de los intereses de la razón a través del fideísmo, es decir, de una fe que subyugue a la inmortalidad.

He aquí el Bien que aqueja a Bataille, su eterna condena, la culpabilidad de la literatura, la culpabilidad por no poder sumergirse en el Cero, puesto que en el preciso momento que se trata de abrir una salida a través de la erotización, de abrazar la inutilidad, se pervierte —inevitablemente— cualquier tipo de integridad intelectual. Rafael Conte, en su prólogo a *La literatura y el mal*, recoge una acertada cita de Jacques Bersani donde este asevera que «Bataille no espera su salvación de las palabras: le fascinan y le exasperan al mismo tiempo. Pero sabe que el lenguaje es nuestra única oportunidad, aun tramposa, de comunicar, el único medio que nos queda, aunque ilusorio, de volver de recuperarnos en medio de lo que nos despoja». Bataille sucumbe ante la quimera del silencio. Tal vez Mishima haya sido el máximo representante de la lucha contra la carcoma de la literatura, de la palabra, aunque eso, nuevamente, signifique una terraformación de la necesidad de la acción (una que se someta a la pecaminosa ruptura del silencio).

Y mientras unos enarbolan la bandera de la antiagencialidad, de la irrevocabilidad de la (no por ello menos inútil) cadena reproductiva, otros trasladan el foco de la prole al insidioso «yo», creyendo trastocar la secuencia al tratar de fundar cualquier marco de sentido en el Padre, en lugar de en el hijo. Con idénticos resultados.

Mientras Land y Bataille veían frustrados sus intentos de perderse en una súplica sin destino, Unamuno termina en la misma cárcel de la individualidad al ver frustrado su deseo de permanecer hombre y garantizar su inmortalidad sin fundirse en Dios, sin perderse en el Uno (una tensión fácilmente apreciable a lo largo de toda su obra, especialmente en poemas como *La unión con Dios*). Al llanto inconsolable de Job le sigue un amargo silencio, puesto que, como recoge acertadamente Land:

> No conviene a los mendigos vestirse con túnicas de orgullosa neutralidad, sino todo lo contrario; nadie se hunde bajo el peso de la individualidad como ellos. Si los mendigos se sienten tan a menudo impulsados a la religión es porque nunca puede estar en el interés racional de nadie responderles. Deben heredar la tradición de los gritos sin respuesta que se hallan encriptados en las celdas monásticas. Estos mendicantes han quedado desamparados en un eco de la muerte de Dios, pero, sin espacio alguno que les aguarde en el orden secular, se ven obligados a vivir su ilimitado empobrecimiento como una necesidad imposible.

Henchidos de envidia divina, los existencialistas recogen el testigo de los irredentistas, a saber, ser irremediablemente partícipes de una fuga condenada al fracaso. Un fracaso

que es, a su vez, el núcleo fundacional de la comunidad trágica.

Me atormenta sed injuriosa y penitente,
porque es de noche

Trastabillo en acto y confesión,
ignorando el motivo de mi insurrección,
porque es de noche

Acaso mi infortunio mana
de un origen que a todos hermana,
porque es de noche

Me hostiga la premura del ruego
en que se rehoga este apetito lóbrego,
porque es de noche

Donde otros sacian su sed me ahogo,
en esa insondable profundidad por la que bogo,
porque es de noche

Afligido no bástome solo marchando,
ya que erro en cuanto cultivar demando,
porque es de noche

Siendo de la mayor desdicha sentir haber perdido
lo que por desatino uno nunca ha poseído,
porque es de noche

Aquesta ansia de imposibilidad recalcitrante
termina por hacer mella en cualquier semblante,
porque es de noche

En penumbras y famélico se me abandona,
mas de aceptar las migajas se me perdona,
porque es de noche

Queda aplacado en llanto el desacato,
tras sumergirme en sangre salada de beato,
porque es de noche

Y una vez harto de pan y vino,
sigo hambriento, sediento y sin destino,
porque es de noche